



a un esfuerzo que prevalecerá más allá de la futura y ecuménica catástrofe, pero, repito, ¿quién va dos veces hasta el mirador para rendir ese homenaje? Porque si no se llega hasta el mirador, o si el avión no lo sobrevuela, o si no, compra la tarjeta postal... no hay la menor posibilidad de ver el Golden Gate. Y tanto menos cuanto más intente uno acercarse al puente.

Es posible que a la segunda vez, si bien no fascine, al menos guste América. Es cuando el degustador empieza a hablar de la verdadera América, de los detalles que pasan inadvertidos, de las virtudes cívicas, del «american way of life», de la intimidad, cultura y «cosiness» que encierra la gran República, y del poder de atracción de que gozan sus pequeñas cosas, sus seculares y nada ficticias tradiciones, una vez pasada la ofuscación por su enorme potencial. Y en virtud de ello se mantendrá hasta la madrugada una conversación en un barucho del Village, de la misma manera que la morganática combinación entre un insultante e incuestionable poderío y un entrañable, honesto y cívico «way of life» constituirán el espinazo del modelo americano, en tanto que no única, pero sí óptima solución para los problemas del ciudadano moderno.

El mejor legado de aquella ideológica República era ése: el modelo del ciudadano y el incansable esfuerzo del Estado por mantenerse en la avanzada del progreso. Ni siquiera la eficacia, como última demostración luterana de la probidad, podía compararse en términos sociales con aquel mismo espíritu que alentaba tanto la constitución, como la convivencia con los otros estados, como la vida cotidiana, como el clima hogareño. Y no en balde Hegel había pensado en América como país del futuro, no por razones ecológicas ni por los grandes dones con que la había adornado la Naturaleza, sino por ser el primer pueblo que había decidido constituirse en Estado —sin determinaciones naturales, geográficas o étnicas— en virtud de un gesto soberano del espíritu, trascendido el terreno de la necesidad. Cuando en uno de sus domesticados cabeceos un costado del «Thayer» oprime las defensas del muelle al que se halla indefinidamente amarrado, toda la bodega de la goleta es recorrida por el melancólico crujido —como el lamento de un perro que encerrado en un corral no se atreve a ladrar— de un espíritu que, lamentándose de verse convertido en museo, quiere apercebir al visitante de que aún queda un rescoldo de aquella voluntad que lo construyó con un fin muy distinto. Y bien, también el mismo museo que ha pagado por el retrato de Pareja la mayor cifra de la historia de las transac-

ciones artísticas, en una gran pancarta a la entrada solicita del visitante que, aun cuando constitucionalmente su entrada es gratuita, será bien recibida una limosna para sufragar los gastos de mantenimiento, y sugiere la cifra: los menores, 50 cents; los adultos, un dólar, al cambio del cual se le entrega al visitante un minúsculo emblema de latón —con el cual puede visitar «todas» las dependencias— que a la salida debe depositar en una urna para no consumir inútiles dispendios.

Se diría que una hemiplejía ha dejado paralizada media cara de América; que el orgullo, la riqueza y la confianza siguen animando el brillo de un ojo mientras el otro se abisma en el sombrío augurio de su muscular inmovilización; que una mano entrega millones de dólares por un lienzo mientras la otra, por detrás, mendiga un dólar por contemplarlo.

¿Y la calle? Hace años, mis amigos se mostraron dispuestos a darme un paseo por Harlem, a condición de no descender del coche ni bajar las ventanillas. Y lo hicimos, e incluso bajamos del coche para entrar en una farmacia después del crepúsculo. Ahora ni siquiera eso; más allá de la calle 110 ninguno había estado en los últimos tres años. Y en cuanto a la gente de color... se llega a pensar que cierta libertad de acceso y movimientos no ha servido más que para desensamblar el mutuo rencor; la ley parece bien poca cosa frente a unos sentimientos que —cuando los deseos se tornan reivindicaciones y éstas son satisfechas— sólo aspiran a la equidad para hacer equivalente el resentimiento.

Probablemente exagero si digo que la decadencia de América ha comenzado, pero por doquier hay un cierto tuflido inconfundible. Esa hiperbólica y extempórea nostalgia de la «era Eisenhower» que se puede percibir hasta en las vitrinas de los joyeros, ¿no indica hasta qué punto añoran una época en la que, además de ser incontestables, sentían que había caído sobre ellos una misión universal? Y después de tantas extravagantes afirmaciones acerca del desinterés con que habían aceptado esa carga y la munificencia con que la desempeñarían, ¿no vendrán ahora a añorar el peso de una púrpura que día a día se desvanece de sus ornamentos? Porque, ¿qué pueden ofrecer al mundo? Sin duda que seguirán siendo ricos, eficaces, productivos y realistas, sin duda, que por muchos años seguirán a la cabeza de la tecnología y el mundo entero continuará comprando sus máquinas y sus productos y aceptando su dinero. Pero es posible que a partir de ahora quede todo en eso. Una misión universal —un imperialismo para emplear la palabra